

## FRANCISCO AYALA (1906-2009): *IN MEMORIAM*

BRAE. TOMO XCI • CUADERNO CCCIII • ENERO-JUNIO DE 2011

EL 15 de diciembre de 1983 el pleno de la Real Academia Española eligió por unanimidad como miembro de número a don Francisco Ayala y García-Duarte, que tomó posesión de la silla Z mayúscula antes de que se cumplieran doce meses, concretamente el 25 de noviembre de 1984.

Don Francisco tenía en aquel momento 78 años. Su vida, zarandeada por la convulsa historia de España, había transcurrido mayormente fuera de su país, pero desde su regreso definitivo, ya jubilado de su cátedra neoyorquina, hasta poco antes de su fallecimiento, producido en Madrid el 3 de noviembre de 2009, Ayala fue un académico asiduo y ejemplar, que reconocía haber encontrado en esta Casa un puerto amable y seguro de arribada. En sus memorias recogerá unas páginas escritas inicialmente para un ingenioso libro de encargo, *Al pie de la letra. Geografía fantástica del alfabeto español*, dedicadas a glosar, con zumba de zahorí granadino, las virtudes de la letra de su sillón, la cual —se apuraba a reconocer— «por ironía del destino representa el sonido menos apropiado para mi dicción de *andalús*». Y al comienzo de este juego inspirado y brillante sobre la zeta, subraya *ex abundantia cordis* el «ambiente de cordial amistad (oasis hoy día de civilizado respeto civil y buenas maneras) que domina entre los miembros de la Docta Casa».

Había sido presentado por don Rafael Lapesa, don Alfonso García Valdecasas y don Julián Marías, y su discurso de ingreso, titulado *La retórica del periodismo*, versó sobre tema representativo de una de las facetas de su personalidad. Me refiero a su inagotable curiosidad intelectual hacia todo lo que tenía que ver con la época que le había tocado vivir, no en vano don Francisco, amén de precoz creador de ficciones literarias, fue, como catedrático e investigador universitario, uno de los creadores de la moderna sociología en el mundo hispánico.

No olvida en tal ocasión el magisterio de Ortega y Gasset, que, en palabras de don Francisco, «fue objeto de mis admiraciones juveniles», y entre lo que aprendió de él figura también la aproximación de los intelectuales a la tribuna de la prensa escrita y el aprovechamiento de su enorme poder para difundir las ideas y conformar una sociedad civil más culta y democrática. El joven Ayala no desaprovechó, así, la oportunidad de trabajar durante un breve periodo de tiempo en la redacción de *El Debate*, y de escribir luego editoriales para *El Sol* y el diario *Luz*, fundado por el propio Ortega, querencia periodística que en ocasión de su ingreso académico reconoce haber mantenido luego, «colaborando siempre con trabajos firmados en publicaciones diversas».

Francisco Ayala —y más adelante volveré sobre ello— siempre nos sorprendía por la rigurosa actualidad de sus enfoques cuando trataba cualquier asunto político, social o cultural del día a día. Su sólida formación intelectual, reforzada por sus estudios posgraduados en Alemania, se compadecía perfectamente con una escritura precisa y ajustada a las expectativas del público al que se dirigía. Y así, en su discurso académico modula su aproximación reflexiva al periodismo a partir de la Retórica, con la que los griegos nos proveyeron de los instrumentos necesarios para analizar las maneras en que las personas nos relacionamos verbalmente, pero no olvida en ningún momento otra dimensión, complementaria de la vieja disciplina, que la moderna Semiología concreta en una nueva perspectiva, añadida a la sintáctica y la semántica: la «dirección pragmática», tan inherente a los propósitos del llamado «cuarto poder», que no renuncia, ante el destinatario de sus enunciados —son palabras del nuevo académico— «a convencerlo, a inclinarlo a la acción —por lo menos, a esa acción incoativa o potencial que supone un ánimo predispuesto a favor de cierta tesis—».

Francisco Ayala no fue hombre grandilocuente, sino reacio a la solemnidad. Hablaba menos que escuchaba, pero no eran de su agrado las lisonjas ni los encomios. Mostraba siempre una sincera curiosidad por saber de sus interlocutores, siempre que estos tuvieran algo de sustancia que contarle. Y, sin embargo, su presencia imponía. No por su prosopopeya, su protagonismo o su talante sino, simplemente, por lo que era y por lo que representaba. Fue y sigue siendo el escritor al que tuve la suerte de conocer en el que más cabalmente vi encarnada la historia literaria y cultural de España en nuestro azacaneado siglo xx.

Lo conocí personalmente de la mano de Carolyn Richmond —con la que tantos afanes y desvelos literarios comparto— muy a principios de los ochenta, casi treinta años antes, por lo tanto, de su fallecimiento cuando don Francisco, nacido el 16 de marzo de 1906, tenía ciento tres de su edad.

A lo largo de esos tres decenios no fueron pocos nuestros encuentros, y ni siquiera la reiteración de los mismos y la afectuosa simpatía con la que siempre me trató lograron liberarme de la sensación íntima de que estaba en presencia de un testigo vivo de todo el siglo. Don Francisco era para mí, sin que me pareciese nunca conveniente decírselo —o, incluso, dejarlo traslucir en mi relación con él— un monumento clarividente que, con su voz y sus escritos, me permitía visualizar lo que más me incumbía de la cultura de mi país y de mi tiempo.

¿Cómo obviar una trayectoria abierta con su llegada a Madrid al comienzo de los prodigiosos años veinte, aquella década de entre guerras en la que todo parecía posible para el desarrollo de la sociedad, el progreso de la ciencia y la tecnología y la renovación más profunda de las Artes?

El joven Ayala conoció la estimulante Universidad madrileña del momento, se estrenó como novelista en la vanguardia a los 19 años con *Tragicomedia*

*de un hombre sin espíritu*, entró en el círculo de Ortega y Gasset y colaboró en *La Gaceta Literaria* y *Revista de Occidente*. Recién concluidos sus estudios de Derecho, se traslada al Berlín efervescente del momento, en el que sin embargo empieza a incubarse el nazismo. Después de la llegada de la República española, se hace Oficial Letrado del Congreso de los Diputados y gana una cátedra de Derecho Político. Y el 18 de julio de 1936 se encuentra en Santiago de Chile, acompañado de su esposa y de su hija, en misión cultural que le había sido encomendada por el Ministro de Estado.

Ayala justificaba sin aspavientos su regreso a España porque era su obligación, pese a que desde un principio supo que la guerra estaba perdida para la República. La sirve lealmente primero en Valencia, y luego como secretario-consejero de la Legación diplomática ante la República Checa en Praga. Después, el exilio: el Buenos Aires de Borges y *Sur*, el Río de Janeiro de la docencia universitaria en el campo de su especialidad, el Puerto Rico donde funda la revista *La Torre* y, a partir de 1956, los Estados Unidos, en donde enseña Literatura en varias Universidades, entre ellas Princeton y Chicago, para recalar finalmente en la City University of New York.

De 1960 data su primera visita a España, a cuya vida literaria e intelectual se va incorporando discreta pero eficazmente hasta que, ya jubilado, fije definitivamente su residencia en Madrid en 1976. En el mismo año de su elección académica, recibe el Premio Nacional de Literatura, al que seguirán el Nacional de las Letras Españolas, el Príncipe de Asturias de las Letras y el Premio de Literatura en Lengua Castellana Miguel de Cervantes. Y a partir de marzo de 2006, Francisco Ayala protagonizará con gallardía la conmemoración nacional de su propio centenario.

Una biografía como esta constituye en sí misma una obra ingente y admirable, plena de avatares novelescos, de experiencias peregrinas, de vivencias personales e intelectuales incomparables. De todo ello Francisco Ayala escribió —como reza el título de sus memorias finalmente concluidas en 2006— sus *recuerdos y olvidos*, pues como memorialista supo también escoger lo que deliberadamente nos velaba. Y a lo largo de ochenta años, nunca dejó de escribir y publicar, amén de sus páginas autobiográficas, obras de ficción, estudios sociológicos, libros de ensayo o crítica literaria y recopilaciones de sus artículos para la prensa.

Sin menoscabo de su reconocida personalidad como narrador, Francisco Ayala es una de las figuras imprescindibles de nuestro pensamiento literario contemporáneo, y en particular de la teoría de la novela, que tuvo, a la sombra perenne de Cervantes, una primera aportación moderna de relevancia con las *Ideas sobre la novela* de José Ortega y Gasset.

Cuando, allá por la primavera de 1970, nuestro escritor publicó en un modesto cuaderno de la editorial Taurus sus *Reflexiones sobre la estructura narrativa* me

encontraba yo a punto de terminar mis estudios filológicos, y de decidir un posible tema para la tesis de licenciatura cuya preparación me proponía empezar ya. Aquel aporte no dejó de influir decisivamente en mi elección. Su propuesta teórica me abrió los ojos ante las complejidades de la narración en una línea de lo que por aquellos mismos años se estaba configurando como una nueva disciplina en el seno de la semiología literaria, la *narratología*. Pero Ayala lo hacía al margen de cualquier escolasticismo de escuela, y en aquellas *Reflexiones* tuyas había algo más que, después de las investigaciones narratológicas de los años setenta y ochenta, iba a influir considerablemente en muchos de nosotros, jóvenes filólogos.

Porque desde las primeras páginas de su opúsculo de 1970 Francisco Ayala plantea la gran cuestión de las relaciones entre la ficción literaria «y los elementos de realidad que entran a constituir la y que jamás pueden dejar de hallarse presentes en ella, dado que, compuesta como está de palabras y frases, éstas apuntan siempre hacia contenidos pertenecientes a la experiencia viva del hombre en su historia»<sup>1</sup>. La referencia inexcusable para todas sus argumentaciones es el Cervantes de *El Quijote*, y así, de modo totalmente cervantino, Ayala considera que en aquella dificultosa relación entre lo ficticio y lo real es determinante la calidad artística de la estructura verbal creada por el escritor.

Este planteamiento narratológico *avant la lettre* (o casi, pues Todorov ya había acuñado el rubro de la disciplina pocos años antes, en 1966) encuentra su fundamento en la consideración de todo relato como un acto de comunicación para el que son imprescindibles tanto quien narra como su destinatario. En torno al primero se concreta la problemática fundamental de todo acto narrativo, la de la visión y la de la voz. Pero, como Ayala reitera una y otra vez, «la obra de arte literaria absorbe a su autor, lo asimila y lo incorpora como elemento esencial de su estructura»<sup>2</sup>. Esto es lo mismo que afirmar que «el autor queda ficcionalizado dentro de la estructura imaginaria que él mismo ha producido»<sup>3</sup>. Pero no menor importancia tiene el lector, que también pertenece a ese mismo diseño básico. Por otra parte, cuando Ayala afirma que «la obra de arte literaria supone y reclama un lector adecuado»<sup>4</sup> está apuntado en la misma dirección de la Estética de la recepción alemana y los cultivadores anglosajones del «Reader-response Criticism». No era mal programa el que desde su magisterio ejercido en los Estados Unidos Francisco Ayala ofrecía a sus jóvenes lectores españoles de entonces: la narratología, la crítica de la lectura y la problemática de la ficcionalidad y el realismo.

Esto último cobraría una relevancia especial para mí, como una expresión contemporánea de la vigencia que seguía teniendo la teoría de la novela de

<sup>1</sup> *Reflexiones sobre la estructura narrativa*, Taurus, Madrid, 1970, págs. 12 y 13.

<sup>2</sup> *Ibid.*, pág. 24.

<sup>3</sup> *Ibid.*, pág. 27.

<sup>4</sup> *Ibid.*, pág. 33.

Cervantes. Ayala explica la relación de los lectores reales con el texto de ficción en términos sumamente esclarecedores. Se trata de aceptar una convención propuesta por el escritor a través de una estructura formal del texto cuidadosamente elaborada gracias a la cual —son sus propias palabras— «fingimos creer en su realidad mimética»<sup>5</sup>. En esto, y no en otra cosa, consiste el gran logro del realismo.

Pasados los años, a raíz de la publicación en 1992 de mi libro *Teorías del realismo literario*, pronto traducido al inglés, Francisco Ayala escribía un artículo de prensa sobre «Realidad de la literatura» (*El País*, 7 de octubre de 1992) en el que manifestaba una anuencia intelectual entre ambos que el maestro, muy generosamente, expuso de nuevo en un demorado artículo-reseña al final del mismo año<sup>6</sup>. Yo también había llegado a la conclusión de que el realismo, lejos de ser una escuela específica en determinados momentos de la historia de la literatura, pertenece a la entraña sustancial del fenómeno literario en cualquier lengua y tiempo, y estaba persuadido de que quizá no haya un lenguaje o, incluso, una «realidad realista» pero lo que sí existe universalmente es una lectura intencionalmente realista. Comparto también otra de sus ideas al respecto, la de que nuestra sociedad contemporánea, mediante los poderosos medios de comunicación que posee y con distintas manipulaciones de esa facultad humana congénita que es la narración, parece «fomentar una confusión mental que difumine los límites entre lo que es ficción y la realidad práctica de cada día»<sup>7</sup>.

A mi modo de ver, la narratología de Francisco Ayala se centra en la problemática de aquel «casamiento» entre la mentira de la fábula y «el entendimiento de los que las leyeren» a la que se refiere el canónigo cervantino en el capítulo XLVII de la primera parte de *El Quijote*. En definitiva, todo relato literario es una estructura formal sutilmente configurada para que la enunciación narrativa de un mundo ficticio resulte creíble para un lector al que compete, por otra parte, una cooperación activa con el texto para el logro de su plenitud ontológica.

Destacaré, igualmente, otro aspecto que me parece fundamental para comprender cabalmente la envergadura de su personalidad intelectual y la pertinencia de su identificación con los aportes estéticos más genuinos del siglo XX. Francisco Ayala, una promesa de la literatura nueva que con escasos veinte años había publicado ya narraciones vanguardistas como *Tragicomedia de un hombre sin espíritu* e *Historia de un amanecer*, destacará enseguida por su dedicación a la crítica cinematográfica a través de las páginas de *Revista de Occidente* o *La Gaceta Literaria*

<sup>5</sup> *Ibid.*, pág. 34.

<sup>6</sup> Francisco Ayala (diciembre de 1992), «El realismo literario», *Saber/Leer*, núm. 60, págs. 1 y 2.

<sup>7</sup> Francisco Ayala (1992), *El tiempo y yo, o El mundo a la espalda*, Madrid, Alianza Editorial, pág. 152.

y, sobre todo, por la publicación en 1929 de un ensayo pionero, titulado *Indagación del cinema*, que incluye también el poema «A Circe cinemática»<sup>8</sup>.

En un escrito de 1995, evoca Ayala lo que representó para él la llegada a Madrid desde su Granada natal, su incorporación a la vida literaria y a los círculos de la vanguardia intelectual española que compartían ya «el gusto entusiasta por el cine»<sup>9</sup>. Participa activamente en las sesiones del Cine Club Español, que, después de las primeras actividades de este tipo organizadas por Luis Buñuel en la Residencia de Estudiantes bajo los auspicios de la Sociedad de Cursos y Conferencias, Ernesto Giménez Caballero promoverá desde *La Gaceta Literaria*, revista en la que colaboran sobre el tema Solalinde, Guillermo de Torre o el propio Ayala. Y luego, con motivo de su estadía en la Universidad de Berlín, podrá, según sus propias palabras, «empaparme yo a placer del espléndido cine alemán de aquel período», muy apreciado también en España gracias a las proyecciones de Wiene, Lang, Ruttman, Grune, Murnau o Georg Wilhelm Pabst, que, por cierto, llevará *El Quijote* a la pantalla en 1932. Esa dedicación nunca abandonaría ya a don Francisco, asiduo visitante que fue de nuestra Filmoteca Nacional tras su regreso definitivo a España.

En 1929, su ensayo *Indagación del cinema* aporta un testimonio del máximo valor para acreditar el hecho de cómo aquel invento que muchos creyeron una mera curiosidad casi pueril, treinta años después de sus primeras proyecciones se había convertido en el nuevo arte de la modernidad, merecedor de todo tipo de reflexiones por parte de filólogos, escritores, artistas plásticos o filósofos.

La referencia a Alemania suscitada por el cine expresionista de los años veinte me trae de nuevo a la consideración de los fundamentos del pensamiento literario de nuestro escritor.

¿De qué hablamos cuando lo hacemos sobre una obra que no hemos leído? ¿Se puede, en definitiva, tratar de los textos literarios de otra forma que no sea desde la experiencia de la lectura?

La rotundidad con que Ayala responde a semejantes preguntas llama poderosamente nuestra atención. Es como si en él la experiencia de lector se superpusiese a la de escritor, que asimismo le pertenecía y desde la que se tiende por lo común a sobrevalorar la creación literaria como hecho psicológico, como el producto de una actividad subjetiva que se funde indeleblemente con la persona del creador.

Contra este psicologismo reaccionó la Fenomenología de Husserl que, en cuanto método, consiste en la actualización moderna de la «epojé» de los escépticos y de la duda cartesiana. La suspensión de todo juicio previo permite atenerse a lo dado,

<sup>8</sup> Francisco Ayala (1929), *Indagación del cinema*, Mundo Latino, Madrid, págs. 177-180.

<sup>9</sup> Francisco Ayala, *El escritor y el cine*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1996, pág. 127.

describiéndolo tal y como se presenta. No hay, pues, contenidos de conciencia puros, sino tan sólo fenómenos. Nuestra forma de relacionarnos con ellos se define con toda justeza mediante la palabra *experiencia*.

A la hora de recordar el perfil académico del joven Ayala es determinante su estancia en la Universidad de Berlín en los años inmediatamente posteriores al final de la relación que se había establecido entre el maestro Edmund Husserl y su discípulo el teórico de la literatura polaco Roman Ingarden. Aunque en las memorias del autor, *Recuerdos y olvidos 1. Del paraíso al destierro* (1982), nada hay de referencia directa a contactos o influencias husserlianas en Alemania o España, de lo que sí nos ha dejado testimonio Francisco Ayala es de la huella que en él y en todos o en casi todos los intelectuales españoles de su misma o parecida edad ejerció la cultura académica germana, pues el escritor granadino llega a comparar su estancia en Berlín con lo que en el Renacimiento hubiese sido un viaje a Italia. De todo ello dejó asimismo cumplida constancia en el prólogo especial escrito por él para la traducción alemana de su ensayo *España a la fecha*.

Curiosamente, habrá de ser en América, durante su primer exilio argentino, donde Ayala desarrolle sus reflexiones sociológicas y filosóficas en una línea marcadamente orteguiana y husserliana. De esta etapa bonaerense queda igualmente una crónica personal muy detallada en *Recuerdos y olvidos 2. El exilio* (1983), en donde Ayala muestra su extraordinario aprecio hacia Fernando Romero, a quien él y Lorenzo Luzuriaga confiaron la dirección nominal de la revista *Realidad*. Este filósofo argentino, que había nacido en Sevilla en 1891 y falleció en ruta hacia Buenos Aires en 1962, era gran conocedor de la filosofía alemana y discípulo de Ortega y Gasset, al que dedicó uno de sus ensayos más conocidos, *Ortega y Gasset y el problema de la jefatura espiritual, y otros ensayos*.

El propio Romero dirigía la colección de la benemérita Editorial Losada en que apareció la versión española del tratado de Maximilian Beck *Psicología: Esencia y realidad del alma* (1947), traducido por el vienés Otto Langfelder y por Francisco Ayala. La psicología de este existencialista alemán está transida de pensamiento fenomenológico, y sus ideas sobre el espíritu reflejan por doquier, en su lenguaje y en su sentido profundo, la influencia del último Husserl. Similares deudas para con el maestro son perceptibles en el ensayo de Ayala *Razón del mundo* (1944), y en su *Tratado de sociología* (1947). Fundamentalmente, esta influencia se registra en la noción ayaliana de *crisis*, referida al vertiginoso ritmo de cambio histórico, cultural y social que caracteriza a la contemporaneidad, y que hace crecer la importancia del espíritu como garante de la propia humanidad. Precisamente el último escrito de Husserl fue *La crisis de la ciencia europea* (1935), y ha sido ya estudiada la coincidencia entre la concepción de *espíritu* que en esta obra se expone y la suscrita por Ayala.

Esta actitud fenomenológica en lo que a la teoría y la praxis literaria se refiere se manifiesta en Ayala a través de un consciente realismo. Y no me refiero tan solo

al interés por él mostrado hacia problema tan sugerente y complejo como el de la mimesis en literatura, sino a otras manifestaciones muy significativas como la de que el título de la revista que Ayala funda en Buenos Aires allá por 1947 fuese justamente *Realidad*, pues, según el propio escritor, «ello da una indicación acerca de lo que se proponía ser: una aproximación directa a los hechos». Inmediatamente se nos viene a la memoria el lema husserliano de «a las cosas mismas»; mas, como también ocurre en la filosofía del maestro alemán, Ayala añade que él y Lorenzo Luzuriaga, creadores de *Realidad*, compensaron la decidida atención a lo factual que su título prometía con un subtítulo, *Revista de ideas*, que indicaba ya que éstas no quedan por completo al margen de lo real empírico.

Puede decirse, por lo tanto, que uno de los grandes temas del Ayala pensador de la creación artística y de la sociedad es precisamente la lectura, que para él ocupa una posición central en la ontología de la obra de arte literaria, condiciona por completo la virtualidad de la literatura como sistema de comunicación social y, en definitiva, constituye el fundamento de la educación en cuanto formadora de la ciudadanía.

Así, una de las grandes lacras que desde su doble faceta de sociólogo y profesor de humanidades Francisco Ayala percibía en el mundo de hoy es la regresión paradójica hacia el analfabetismo funcional. Bien patente está tal problemática en las palabras por él leídas durante el homenaje que recibió en Nueva York con motivo de su septuagésimo quinto aniversario. Refiriéndose a la democratización de la enseñanza superior en los países más desarrollados, en los cuales es como si las tapias del jardín de Academos cedieran ante la avalancha de las masas en demanda de grado académico y habilitación profesional, Ayala denuncia que solo unos pocos lo hacen, no obstante, con la competencia y el interés mínimos imprescindibles, de modo que ya no será imposible que muchos lleguen a ser maestros de lo que en realidad ignoran.

Esta visión realista, más que pesimista, la ofrecía ya Francisco Ayala en 1981, y el tiempo ha venido a corroborar sus prevenciones. Huelga decir que Ayala fue siempre decidido partidario de una cultura democráticamente extendida, pero siempre a través de la elevación del nivel educativo y formativo del conjunto de los ciudadanos, que nunca debe ser inferior al alto grado de desarrollo científico y técnico que nos han proporcionado todos los adelantos de la moderna civilización material. De lo contrario, se incrementará ese creciente analfabetismo funcional satirizado en una de las piezas de *El jardín de las delicias* (1971), titulada «Isabelo se despide».

Otro ensayo del máximo interés para el tema de la lectura en Francisco Ayala es el titulado en 1948 «Para quién escribimos nosotros», nacido de una circunstancia dramática y singular cual fue la diáspora española de 1939. Es de destacar cómo la experiencia histórica del escritor exiliado le sirve para formular una ley rigurosamente fenomenológica, y por ello anti-idealista. Para el escritor, el ejercicio

literario se realiza en un marco de convenciones determinadas fundamentalmente por la entidad del destinatario. Tal y como sea ésta, así se configurará el propio mensaje, porque la relación entre escritor y lector no solo determina la forma de la obra sino que produce el sentido del texto. Poco después, en «El escritor de lengua española» que es de 1952, Ayala vuelve sobre lo mismo: «Se escribe para alguien, siempre. El escribir implica la existencia del destinatario». Por aquellos mismos años Maurice Blanchot formulaba la aserción de que un libro que no se lee es algo que todavía no ha sido escrito, y la idea que subyacía a su *boutade* cobraba en Ayala toda la fuerza de lo vivido, gracias a la autenticidad de la experiencia literaria.

Esta consideración teórica del funcionamiento de la literatura explica también la mantenida consideración valorativa de Francisco Ayala hacia la por otros tan denostada actividad crítica. Destaca, así, su propia entrega a este desacreditado oficio, sin el cual, por otra parte, no se sostendría la literatura como sistema en el seno de la sociedad. El escritor granadino la consideraba otra faceta más de su dedicación a lo literario, e incluso llegó a afirmar que en el ejercicio de la crítica entran las mismas aptitudes que él mismo empleaba para la creación imaginativa.

Amén de haber sido uno de los proponentes de su candidatura, don Rafael Lapesa se encargó de contestar al discurso de ingreso de Francisco Ayala. Les unía a ambos una amistad invariable, forjada en las aulas de la Universidad de Madrid. El escritor le dedica en el último tramo de sus *Memorias* unas páginas de genuina admiración y afecto a quien define como «mi más antiguo amigo» y como «paradigma del hombre sabio» cuya gran sabiduría «se encuentra basada en su radical bondad».

Lapesa hace gala de lo uno y de lo otro, de saber y de bonhomía, en la contestación a su discurso de ingreso que le dedica el 25 de noviembre de 1984. La concluye con estas palabras: «Aparte de su ejemplo como gran artista de la palabra, Francisco Ayala puede ayudarnos mucho en nuestro habitual quehacer; pienso en el léxico de las ciencias sociales, tan necesitado de revisión en los diccionarios académicos; en la definición de voces americanas, en calibrar la aceptabilidad de neologismos, ya técnicos, ya coloquiales; en ver los problemas de nuestra lengua en la dimensión del mundo hispano hablante y en perspectiva universal».

Por suerte para nuestra Corporación, el nuevo académico pudo entregar ni más ni menos que veinticinco años cumplidos a hacer cierto aquel desiderátum de su viejo amigo, un cuarto de siglo en que contribuyó con mil quinientas asistencias más una a los trabajos de la RAE. Pero nos dejó también el ejemplo inmarcesible de una conciencia siempre viva, que desde la prodigiosa facultad humana del lenguaje y las palabras de nuestra lengua fue quién de tomarle el pulso a España y al mundo durante gran parte del siglo xx y los inciertos comienzos del nuevo milenio.

DARÍO VILLANUEVA